

CAPÍTULO II

LUTERO EN WORMS

Nunca habían brillado exteriormente, de tan maravillosa manera, ni el Pontificado ni el Imperio. Diríase que uno y otro guardaban sus más hermosos resplandores para esta hora solemnísimas, en que uno y otro se aproximaban á su ocaso. El Imperio aparecía representado por aquel jóven que llevaba en sus venas la sangre de todas las dinastías de Europa; fortalecido por su unión estrecha con la inmensa España, la cual subía como el sol esplendente, engarzado en su corona, al zenit del poder y de la gloria; renovado con la savia juvenil que venía del Nuevo Mundo, semejante á un eden nuevo, digno de la humanidad y de su transformación milagrosa; rodeado de todos aquellos electores y de todos aquellos príncipes germánicos, indóciles y levantiscos de suyo, pero constreñidos por el temor al Gran Turco y por la necesidad de su propio servicio á sostener á su Emperador, que, en la vieja catedral de Aquisgran, cerca del sepulcro de Cárlo-Magno, entre tanto magnate laico y eclesiástico, escuchando las estrofas del Te-Deum sagrado y percibiendo los aromas del incienso místico al expresar sus juramentos, parecía reunir en su persona reconciliadas las dos grandes autoridades, cuyas competencias y porfías ensangrentaran toda la Edad media.

Y no digamos nada del Pontificado. Si el Imperio traía el Nuevo Mundo natural en su cuna, resucitaba el Pontificado el viejo mundo histórico en su sepulcro. Aquí aparecía un Rafael trazando los tipos de la hermosura perfecta y allí un Miguel Angel llevando los secretos de lo sublime en los hondos

surcos de su frente; ya se descubría el fresco que revelaba la pintura antigua, ya el bajo relieve dictado por suavísimas inspiraciones y hecho con líneas de una corrección clásica; la estatua de mármol, que provocaba el culto al hombre y que ofrecía el ideal de la forma deslumbraba el pensamiento y la vista; y mientras los poetas escribían versos latinos, como si tuvieran el secreto de la antigua lengua, y los oradores hablaban como si no hubiera caído la tribuna del Foro, y los filósofos pensaban como si no hubiera acabado la Academia de Platon, y los historiadores trazaban los hechos de aquel tiempo, cual si hubieran hallado en las ruinas, con los fragmentos de la antigüedad, la sencillez de Tucídides y la concisión de Tácito; el mundo romano podía creer que las tempestades del aire jamás llegarían hasta aquel Olimpo, donde los hombres mortales tomaban la altura y la serenidad de los dioses inmortales.

Pero allí, entre el Pontificado y el Imperio se levantaba la sombra de un hombre, que tenía las proporciones de una idea. Este hombre era Martin Lutero. Las Universidades, de antiguo dadas al libre exámen, tenían ya inclinaciones invencibles á los principios innovadores; los jurisconsultos, adversarios natos del derecho canónico, y comentaristas ilustres del derecho civil, veían claramente en las fórmulas de Lutero la última consecuencia derivada de sus capitales enseñanzas; los grandes propagadores de la prensa, como si fuese esta un arma de combate, ponían el nuevo instrumento á servicio de la guerra contra los viejos poderes; la literatura del Renacimiento, rehaciendo, ó mejor dicho, restaurando los textos de los libros antiguos, impelia con fuerza á las gentes de aquel tiempo á su lectura y meditación; las jóvenes generaciones, inquietas por la natural complejidad de su ánimo, corrían desaladas á donde las llamaba el movimiento y la vida, que impelen siempre á la juventud á inscribirse en las legiones de los innovadores; la vieja Alemania, rival, más que rival, enemiga de Roma, sentía, como si todos sus antiguos recuerdos se condensaran en aquella hora solemne, renacer á la luz del nuevo pensamiento sus héroes y sus mártires nacionales, sus leyendas y sus tradiciones históricas: todo tomaba el aspecto tremendo de una revolución formidable.

¿Qué iba el Emperador á hacer en esta hora angustiosa? ¿Qué disposiciones iba á tomar? ¿Lucharía abiertamente con el innovador, que tanto agi-

taba los ánimos? ¿Transigiría con sus audaces reformas, desmintiendo las promesas juradas, que diera en su solemne coronación? ¿Qué iba, pues, Carlos V á hacer? Unos creían que, á manera de su antecesor Segismundo, se convertiría en acólito del Papa; y otros creían que, á manera del elector Federico, se convertiría en amigo de la revolución. Pero nadie dudaba de una cosa; nadie dudaba de que habían pasado las congojas de la incertidumbre y sobrevenido la necesidad de una inmediata resolución. Entre tanto librábase en el interior de Carlos V la misma batalla que se libraba en toda Alemania. Unos le impulsaban á la guerra; otros á la conciliación. Lutero había luchado mucho, y aprovechado el interregno para escribir sus más admirables obras contra Roma. Hastiado de aquel latín litúrgico de la Edad media, en el cual solamente había espacio para los pensamientos ortodoxos, esgrimió la lengua del pueblo, la lengua nacional, poniendo en ella, junto á los dichos de los campesinos reunidos en las cervecerías, las ideas más sublimes que puede concebir el entendimiento y los arrebatos más líricos de pasión y de elocuencia que puede contener la humana palabra. ¡Imaginaos qué emoción produciría en el pueblo, acostumbrado á oír el macarrónico latín de las sacristías, una lengua entendida de todos, hablada por todos, en la cual caían los misterios sibilinos de la antigua Iglesia, y se revelaba el espíritu humano en su revelación más espléndida! Era su primer escrito el folleto moderno en toda su importancia y bajo todos sus aspectos, ligero y punzante como el aguijón de la abeja, vistoso y tornasolado como el ala de la mariposa, lleno de antítesis que herían el corazón y la inteligencia, fulgurante de esa verbosidad, cuyo atractivo consiste, no tanto en el número de los períodos, como en el número de las ideas. Lo primero y lo más grave de semejante escrito es que Lutero no quiere nada con la clerecía, nada con la aristocracia eclesiástica, nada con la gente oficial, y se dirige, en son de revolucionario, á los laicos, para pedirles que le ayuden con todas sus fuerzas á la obra común de evangelizar y purificar á la paganizada Iglesia.

No le bastó, no, con la idea que podríamos llamar de negación revolucionaria; seguidamente apeló á la idea que podríamos llamar de afirmación revolucionaria, apeló á la idea de la igualdad de todos los hombres en la Iglesia. Para él no había esa distinción de laicos y eclesiásticos que dividía el

mundo cristiano en castas enemigas; para él esa dignidad suprema del sacerdocio, intermediario entre el hombre y Dios, esa dignidad sublime se adquiere por el bautismo, se conserva por la fe, por la oración y por la virtud, siendo un solo cuerpo la Iglesia, el cual tiene un solo espíritu, la doctrina de Cristo. El óleo, la tonsura, la ordenación, la consagración, podían hacer de un imbécil un prelado, mas no podían hacer de un perverso un ángel ni de un estulto un doctor; el ministerio sacerdotal, en su carácter de universalidad, se adquiere con el nacimiento y en su especial carácter de cristiano se adquiere con el bautismo. Los sacerdotes de oficio, que después de todo son los administradores y delegados de la Iglesia cristiana, deben su delegación al pueblo que los nombraba en otro tiempo y que ha sido lanzado de este superior derecho por las usurpaciones pontificias. Júzguese como se quiera desde el punto de vista teológico, desde el punto de vista histórico, desde el punto de vista crítico la Reforma de Lutero, no puede desconocerse ni negarse, que este gran principio de la unidad y de la igualdad de los hombres en la Iglesia, precede necesariamente al gran principio de la igualdad de los hombres ante la ley, pues nunca la revolución política nos hubiera dicho que éramos todos ciudadanos, si no nos dijera antes la revolución religiosa que éramos todos sacerdotes.

Después de esto, escribe la «Cautividad de Babilonia,» libro en que truena el cañón revolucionario y repica la campana de rebato. Puede decirse que este libro, escrito con furor, levanta el patíbulo, donde la idea nueva ajusticia á los poderes antiguos. Lutero pierde toda reverencia; se arremanga los brazos como el verdugo que va á oficiar en su terrible ministerio; se dirige al trono pontificio; coge violentamente por el cuello á los Papas y los inmola sin misericordia. En su sentir, la Iglesia de Cristo estaba cautiva en la nueva Babilonia; y Cristo mismo, profanado por una incesante idolatría, encontraba por el sacrificio de la misa y por el dogma de la trasustanciación prisionero del Papa. En seguida, recordaba la polémica de Leipzick, y decía que si en aquel debate negó que la autoridad del Papa fuera de origen divino y la reconoció de origen humano, ahora lo negaba todo, llamando al Pontífice el bárbaro Nemrod del episcopado romano, que acecha y caza las almas para herirlas y para perderlas. En su furia revolucionaria destruye los siete Sacra-

mentos de la Iglesia, reduciéndolos á tres; el Bautismo, la Penitencia y la Cena. En medio de este combate á muerte, el misticismo de un penitente se exhala mezclado con las indignaciones de un tribuno. Así dice que, naturaleza espiritual el hombre, no siente otro deseo ni tiene otra necesidad que unirse estrechamente con Dios, pues, poseyendo por medio de Cristo la paz en Dios, posee el hombre todas las cosas, y queda libre de todas las servidumbres; que la fe individual es la libre adhesión á la divina fe, la palabra de Dios la verdadera nutrición del alma humana, las ceremonias externas ruidosos é inútiles aparatos, pues desposada la humanidad con Cristo, le da á Cristo todos sus pecados, los cuales en él quedan abolidos, y recibe, en cambio, de Cristo la virtud y la gracia. La revolución religiosa estaba, pues, completamente formulada.

Mientras así la revolución se formulara, el nuevo Emperador se establecía; y en la mañana del 28 de enero de 1521, aniversario de la muerte de Cárlo-Magno, inauguraba la célebre dieta de Worms. Un gran discurso abría solemnemente aquellas sesiones que iban á tener tanta importancia y tanta trascendencia en la historia. El discurso encarecía la grandeza de aquel antiguo Imperio romano, que reunió tantos pueblos bajo su manto, y que los disciplinó con su espada, y que los dirigió con su cetro, como si no pudiera en el mundo haber cosa alguna lejos y fuera de la imperial autoridad. Después de haber contemplado esta desmedida grandeza, de que apenas puede dar cuenta la incansable historia, volvía á buscarla en lo presente, y solo acertaba á encontrar con tristeza una sombra de lo que fué, una ilusión histórica, un sonoro nombre. Pero fiaba en Dios que ayudado de sus vasallos, é interpretando el pensamiento de su pueblo, podría devolver al sacro romano Imperio todo su antiguo esplendor y toda su histórica grandeza. Aunque estas palabras halagaban á los grandes señores feudales, miembros de aquella dieta, no desarmaban una resistencia, la cual venía como á reabrir en el corazón de Cárlos V las heridas causadas por la resistencia de las varias cortes de España. Pero si el Emperador examinaba con atención una y otra resistencia, tenía que reconocer por necesidad bien pronto cómo la española se derivaba en sus varias manifestaciones de un sentimiento político, mientras que se derivaba la germánica de un sentimiento religioso.

La oposición en la dieta de Worms dimanaba de las ideas de Lutero. Así es que en los asuntos políticos, en la organización que debía darse al consejo del Imperio, cedieron los príncipes fácilmente; pero en la cuestión de las anatas estalló la gran diferencia parlamentaria, pues unos querían quitarlas y otros conservarlas á Roma. Así Lutero estaba lejos de allí, encerrado en el claustro de Witemberg, adscrito á la lectura de sus libros y á la publicación de sus pensamientos, sin mezclarse para nada en la política alemana, y su espíritu quedaba presente y vivo y manifiesto en aquella Asamblea de príncipes y el lenguaje de la «Cautividad de Babilonia» vibraba en todos los labios y hacía latir unísonos todos los corazones. Y empezaba la revolución religiosa, como empieza la revolución británica, como empieza la revolución francesa, como empiezan todas las revoluciones políticas, por una cuestión económica, es decir, por una resistencia al pago de los tributos. Cada uno de los electores del Imperio llevaba su respectivo libro en las manos, fresca aun la tinta con que lo había escrito Lutero y exaltada la pasión ardorosa con que lo había dictado. Y el influjo ejercido por el monje sobre su pueblo se ve, no solo en la cuestión de los tributos, sino en la cuestión misma del ejército. Los príncipes le votaban la fuerza que pedía; pero con la condición de que si él se reservaba el nombramiento de los comandantes de cada cuerpo, los capitanes habían de ser nombrados por su respectiva compañía; y unos y otros, capitanes y comandantes, habían de pertenecer á la nación alemana. Estaba visto; Lutero conseguía todo cuanto intentaba conseguir; Lutero hacía de la revolución religiosa, en sus comienzos al menos, una protesta de la nación alemana contra los poderes extraños, elevándola luego, desde este sentimiento inferior, pero eficaz, á la conciencia de la humanidad. Cárlos V, además, provocaba donde quiera que iba este amor de la patria, tan natural á los hombres y que se exalta en cuanto se siente herido y vejado. Lo mismo en España que en Alemania parecía mas bien extranjero conquistador que rey natural, con presentarse rodeado á todas horas de sus extraños y codiciosos flamencos; solo que el sentimiento de España era un sentimiento puramente nacional, mientras, ya lo hemos dicho, el sentimiento de Alemania era un sentimiento puramente religioso. Larga serie, pues, de extrañas consecuencias. Cuando el monje buscaba en las entrañas del espíritu la conciencia in-